
Nota del Director

Hablar acerca de Dios, dimensión ineludible del testimonio, sólo puede ser hecho -para no ser convertido en una lógica del lenguaje cifrado y funcional- desde la clave lingüística del misterio. Del amor que desfuncionaliza y provoca, ya que necesita establecer un lenguaje que exprese “la vida”. Se trata de liberar a Dios y al concepto de Dios de una razón aprehensora, de allí la importancia de una teología “negativa” que regule la sed de conocer y formular. Esta lógica del amor que puede ayudarnos, al ser traspuesta al problema del lenguaje. Cuando el amor es ofendido, exige, para ser mediado de un plus que sólo puede ser puesto por la víctima. Si yo traiciono a un amigo quitándole algo que ama legítimamente, y un día para reconciliarme se la devuelvo, ese aparente acto de justicia que ejerzo no sana la herida. Le he quitado algo que corresponde al don, que es la confianza en la que reposa la amistad. Eso no puede ser restituido en un débito de justicia. Sólo se puede sanar con un plus, una sobreabundancia dada por la víctima, ya que ella es quien tiene, en realidad, el poder. San Anselmo acierta, en este sentido, en el razonamiento soteriológico que propone en el *¿Cur Deus Homo?* El plus no lo pone sino quien ha sido constituido víctima, y, aquí se alza la mayor paradoja, ya no es sólo el hombre víctima, inútil finalmente, del *Tremendum*, sino Dios-hombre la víctima en quien reside la omnipotencia del perdón. Dios se vuelve víctima y ejerce el poder desde la debilidad. Estamos en un tiempo plagado de víctimas. Ellas son oídas por Dios. Clamemos perdón por ese grito de dolor.

En esta oportunidad, nuestra publicación ofrece un conjunto de trabajos de peculiar profundidad, marcados por la sensibilidad y la atención a cuestiones que nos afectan.

Una cuestión central los enlaza y está bien expresada en el texto del papa Francisco en *Frattelli Tutti*, que cita el Dr. Carlos Galli en el inicio de su meditación. Es una preocupación por nuestro tiempo en el que

«se alienta también una pérdida del sentido de la historia que disgrega todavía más. Se advierte la penetración cultural de una especie de “deconstruccionismo”, donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos. En esta línea se situaba un consejo que di a los jóvenes: «Si una persona les hace una propuesta y les dice que ignoren la historia, que no recojan la experiencia de los mayores, que desprecien todo lo pasado y que sólo miren el futuro que ella les ofrece, ¿no es una forma fácil de atraparlos con su propuesta para que solamente hagan lo que ella les dice? Esa persona los necesita vacíos, desarraigados, desconfiados de todo, para que sólo confíen en sus promesas y se sometan a sus planes. Así funcionan las ideologías de distintos colores, que destruyen —o deconstruyen— todo lo que sea diferente y de ese modo pueden reinar sin oposiciones. Para esto necesitan jóvenes que desprecien la historia, que rechacen la riqueza espiritual y humana que se fue transmitiendo a lo largo de las generaciones, que ignoren todo lo que los ha precedido» (FT 13; con cita de CV 181).